vegeta sin provecho intelectual ninguno, sin procurar el desenvolvimiento de las facilidades que posee el pueblo para pensar, querer y obrar, y sin apartarse del egoísmo que constituye una de las bases ruinosas de nuestra existencia moral.

El hombre es un animal que aspira, y para satisfacer esa aspiración, la sociedad produce y forma un órgano perfecto que ha de responder al ansia de progreso de las colectividades modernas: ese órgano es la prensa.

Ella debe inculcar los ideales de trabajo, de constancia y de buena fe en los artesanos y profesionales del país por medio de artículos que interesen á la mayoría, dejando de lado esas cuestiones en que campean la oposición y la devoción sistemáticas en la política, en las ciencias y en la literatura.

No se nos ha de negar que la satisfacción de pasiones encuentra ancho campo en nuestra prensa; que la política con sus cambios constantes hace balancearse los ideales de un diario; que los comunicados que nos avergüenzan en el extranjero se publican constantemente y que —en vez de saludables explicaciones sobre diversos asuntos comerciales, agrícolas é industriales,—se ceden las columnas á un grupo de *snobs* literarios que, ávidos de fama, buscan el medio de llamar la atención general con ingenuas confesiones de sus intimidades amorosas.

Esos hombres traen un único fin: hacerse notables por su tendencia exagerada á las divagaciones, á las argumentaciones nada científicas y á la poetización de los asuntos más prosaicos, haciendo de este modo inútiles las energías materiales é intelectuales que se aúnan para la redacción, impresión y lectura de una hoja periódica.

Se sabe muy bien que es cosa difícil contener ó disminuir el contagio peligroso del criterio que esos personajes

CARLOS M. JIMÉNEZ,
Abogado y Notario